

George Griffith

Los forajidos del aire

(avance editorial)

Cápside Editorial

1895, George Griffith

Traducción

© 2014, Sergio Mars

<http://rescepto.wordpress.com>

Ilustración de portada:

© 2014, Olga Esther

<http://olgaesther.blogspot.com.es/>

De esta edición:

© 2014, Cápside Editorial

Primera edición: Septiembre 2014



ISBN: Pendiente de asignación

Depósito legal: Pendiente de asignación

Impresión: Pendiente de asignación

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Los forajidos del aire

George Griffith

Traducción Sergio Mars

Prólogo

En el bando de Ismael

U nos pocos minutos antes de la una a.m., un domingo, el uno de julio de 1894, un hombre caminaba con zancadas rápidas si bien algo irregulares, tal y como lo hacen ciertos hombres cuando se hallan profundamente abstraídos en sus pensamientos, Caledonian Road arriba, desde la estación de King's Cross. Por su vestimenta, podría haber pertenecido a la aristocracia de la clase trabajadora, o bien podría haber sido uno de los miembros más pobres de la clase que vulgarmente se considera por encima de ella.

Pero cualquier duda que cupiera albergar respecto a su posición en la vida, no podía existir ninguna acerca del temple del rostro sobre el cual su sombrero de fieltro negro, ligeramente retrasado, permitía que cayera la luz de las lámparas de gas, mientras caminaba con los pulgares en los bolsillos del chaleco y la cabeza echada hacia atrás, separada apenas una pizca de la perpendicular. Era un rostro moreno, franco y bien rasurado, con brillantes ojos azules que contrastaban vivamente con las cejas negras y rectas sobre ellos; una nariz ligeramente aquilina, con ventanas finas, sensitivas; labio superior corto, boca firme y decidida, barbilla cuadrada y mandíbula inferior fuerte aunque no pesada.

Un simple vistazo bastaría para revelar que era el rostro de un hombre en el que unas convicciones fuertes se hallaban unidas a la voluntad y el coraje para llevarlas a término, sin importar las dificultades o los peligros que pudieran interponerse en el camino que le fuera marcado por lo que él considerara su deber.

En estatura, se encontraba por encima de la media, y de no ser por unos hombros ligeramente encorvados,

que le conferían el aspecto de un estudiante, confirmado por la frente amplia y cuadrada y dos pequeñas líneas perpendiculares entre los ojos, hubiera alcanzado casi los seis pies, calzado como iba con zapatos bajos de paseo.

A la mirada casual de los transeúntes, no había nada que lo diferenciara de cualquier otro joven de su aparente edad y condición; y, por tanto, queda bastante fuera de discusión el que el policía que estaba dando inicio a su jornada nocturna, apuntando con su linterna sorda hacia los portales y comprobando los pomos de las puertas y las celosías de las tiendas, le dedicara más que un vistazo fugaz, bastante desprovisto de interés, mientras pasaba por su lado. Estaba sobrio y se veía respetable, según parecía volviendo con tranquilidad a casa tras pasar decentemente una noche de sábado.

No había nada que advirtiera al guardián de la paz que el hombre más peligroso de Europa pasaba a escasos pies de él, o que tan sólo con que hubiera podido arrestarlo bajo algún pretexto válido que le hubiera permitido mantenerlo encerrado por el resto de la noche, para entregarlo después al Departamento de Investigación Criminal del Nuevo Scotland Yard, cuyos oficiales habían pasado los últimos doce meses precisamente a la caza de tal hombre, hubiera prevenido la comisión de un crimen que, en veinticuatro horas, iba a sumir a toda una nación en el pánico y la aflicción y a hacer que un estremecimiento de horror recorriera Europa.

Pero hubiera logrado mucho más que eso, pues sólo con mantener a Max Renault, electricista y anarquista, preso durante ese tiempo, hubiera posibilitado el descubrimiento de las pruebas documentales que hubieran permitido su extradición a Francia y el proceso subsiguiente, lo que hubiera salvado al mundo de un reinado de terror y una época de masacre y destrucción en comparación con la cual lo peor que la sociedad había llegado a temer de la anarquía acabaría probándose una nimiedad.

¿Pero cómo podría un policía británico, el menos imaginativo y más práctico de los mortales, saber que en el bolsillo del chaleco llevaba un telegrama extranjero, el cual, convenientemente interpretado, transmitía la información de que Caserio Santo se encontraba de camino hacia Lyon, para aguardar allí la orden en obediencia a la cual, de un cuchillazo, enviaría una conmoción a través del mundo civilizado? ¿O cómo podría adivinar que en el cerebro bajo esa frente despejada y de apariencia honesta bullían pensamientos que en breve podrían incendiar el mundo?

En San Petersburgo, o incluso en París, un hombre como él sería vigilado de cerca, cada uno de sus movimientos observado, todas sus idas y venidas conocidas, y en un momento dado —tal cual éste, por ejemplo— sería interceptado y registrado como persona sospechosa; y a buen seguro, en dicho caso, los esfuerzos de la ley se abatirían sobre él de tal forma que poco menos que un milagro le permitiría quedar libre de nuevo.

Pero aquí en Londres, el refugio de la anarquía y el punto focal de las fuerzas más peligrosas del mundo, siguió su camino sin preguntas y sin sospechas, porque, aunque la policía poseía la certeza moral de que tal hombre existía, no tenían ni idea acerca de su personalidad, ni la menor noción de que este joven inteligente y de buena apariencia, cuyo nombre nunca se había escuchado en relación con ninguna de las sociedades anarquistas de las que se sabía que tenían sede en Londres, ni mucho menos, por tanto, en relación con ninguno de los crímenes que habían sido atribuidos a la anarquía, era en realidad un criminal mayor incluso que Valliant o Henry, o que el mismísimo infame Ravachol.

Ellos fueron sólo herramientas ciegas aunque conscientes, instrumentos del asesinato político, las manos visibles que obedecían al cerebro oculto, aquellos que ejecutaban el trabajo y sufrían el castigo. Pero Max Renault

era el cerebro mismo, el intelecto que concebía los planes por cuya ejecución los discípulos más mezquinos y prescindibles de la sanguinaria hermandad del cuchillo y la bomba morían en el patíbulo o echaban a perder sus vidas en las prisiones o las minas de Siberia.

En pocas palabras, él era el espíritu motor y la inteligencia rectora de lo que pronto llegaría a ser el conjunto de hombres y mujeres más temido del mundo, pero que por ahora era conocido sólo por los iniciados como «Grupo Autónomo Número 7».

Pero el golpe que, de haber sido conocido su verdadero carácter, hubiera cortado en seco su carrera, ya fuera por la cuerda o por el hacha, hubiera logrado más que paralizar el cerebro que había maquinado la mitad de los crímenes que se habían cometido en nombre de la anarquía durante los cinco años precedentes, y otros en los que la mano roja nunca había llegado a entreverse. Hubiera interrumpido su carrera en el momento más importante de su vida y hubiera prevenido que actuara como vínculo entre dos conjuntos de circunstancias que, pese a ser de naturaleza extremadamente antagónica, lograrían una vez unidas en una personalidad como la suya provocar una explosión que bien podría estremecer el mundo.

Pasados unos pocos cientos de yardas de la cima de la colina, Max giró abruptamente a la izquierda, caminó a lo largo de la calle lateral, giró a la derecha al final de ésta y entró en otra. Tres minutos de caminata rápida le llevaron a la puerta de servicio de una casa que tenía un pequeño almacén de madera de un lado y del otro una cervecería abandonada, que había perdido su licencia y permanecía desocupada porque las instalaciones no se ajustaban a ningún otro tipo de negocio.

La casa en sí presentaba un escaparate bajo, con la mitad inferior del cristal pintado de un verde mate y en la parte superior un arco de letras blancas

que componían la leyenda: «Club Social e Instituto Ecléctico». Una lámpara sobre la puerta de la tienda mostraba la misma inscripción en letras blancas sobre cristal azul, pero la lámpara se encontraba ahora apagada, pues una de las normas del club era que todos los miembros debían abandonar las instalaciones no más tarde de las doce de la noche entre semana y de las once y media los domingos.

Esta norma, sin embargo, parecía ser de aplicación sólo para cierta fracción de los miembros. Después de que Max hubo abierto la puerta de servicio con su llave y hubo ascendido las escaleras al final del pasillo, con una familiaridad que le permitía prescindir de luz en la oscuridad absoluta, llamó a la puerta de una habitación del piso superior que encontró sin la menor vacilación. La abrieron y se encontró en presencia de cuatro hombres y tres mujeres, sentados en torno a una mesa sobre la que se disponían los restos de lo que evidentemente había sido una cena sustanciosa, lujosa incluso.

Lo que Renault hizo nada más entrar en la habitación confirmó de sobra cuanto se ha dicho acerca de su carácter y del trabajo desesperado en que se hallaba comprometido. Devolvió con un asentimiento brusco, fugaz, los saludos de la concurrencia, y entonces, apoyando su espalda contra la puerta, extrajo su mano diestra del bolsillo de su pantalón y dijo, con voz suave, casi distinguida, que presentaba el más leve rastro de acento extranjero:

—¡Victor Berthauld, quieto en tu sitio!

Había un pequeño colt, de tambor fino y seis recámaras, en su mano, y su boca apuntaba a un pequeño francés, delgado, recio, de boca oscura, bien rasurado, que había empezado a agitarse con incomodidad en su asiento en el mismo momento en que Max había hecho su aparición. Sus ojos negros, girando en el interior de unas cuencas profundas, pasearon una mirada asustada

de cara en cara, y entonces dijo, con una voz a la que en vano trataba de imprimir un tono bravucón:

—Bien, camarada Renault, ¿qué es lo que quieres de mí y para qué has desenfundado ese revólver?

—No me trates de camarada, rata —dijo Max, con una risa breve y salvaje—. Dime quién intentó alertar a la policía de París de que la vida de Carnot se encontraba en peligro. Dime quién habría hecho arrestar a Santo en Marsella tan sólo con que este telegrama hubiera llegado a las manos a las que estaba destinado.

»Dime quién pretende reenviar este mensaje mañana por la mañana a la policía de París y Lyon, y quién pretende que este lugar sea objeto de una redada por parte de la policía inglesa a una hora inconveniente durante la próxima semana, con la excusa de que aquí se permite el juego ilegal. Dime eso, perro asqueroso, y entonces te diré, si es que no lo sabes, lo que solemos hacer a los traidores.

Berthauld siguió sentado un rato, mudo de miedo. Entonces, con una imprecación en sus labios, se puso en pie de un salto. Ni una mano se movió para retenerlo, pero mientras terminaba de erguirse, el brazo de Renault se estiró, hubo un restallido y un fogonazo y una nubecilla de yeso reducido a polvo se alzó en un rincón de la pared tras él; pero antes de que la bala alcanzara la pared, había pasado a través de su frente y había salido por su cogote. Su cuerpo se encogió y se desplomó en un montón apelotonado sobre la silla y Max, devolviendo su pistola al bolsillo, dijo, con la misma suavidad que antes:

—Es curioso que incluso entre ocho de nosotros debamos tener un traidor. Confío en que no haya más por aquí. Llevaos esa cosa a la bodega y pongámonos a trabajar. Tengo algo importante que contaros.

Tras decir esto, caminó alrededor de la mesa hasta un sillón vacío que se encontraba en el extremo opuesto de

la puerta, se arrellanó en él, extrajo un puro y lo encendió y, con la misma mano firme que momentos antes le había arrebatado la vida a un semejante, se llenó un vaso bien servido de champán de la botella que se erguía medio vacía junto a él.

Mientras tanto, dos de los hombres se habían levantado de sus asientos. Uno de ellos ató con fuerza un pañuelo rojo alrededor del cráneo del muerto, para contener la poca sangre que surgía de las dos heridas limpias, y a continuación ambos lo sostuvieron y, sin una palabra, se lo llevaron fuera de la habitación.

—Espero no haberte impresionado con una administración de la justicia tan expeditiva —dijo Max, medio girándose en su asiento para dirigirse a una chica que se sentaba a mano derecha junto a él.

—No —dijo la chica—. Era obviamente necesario. Con que fueran ciertas la mitad de tus acusaciones, hubiera debido ser no ya tiroteado, sino crucificado. No se me ocurre de qué podría servir una sabandija así.

Mientras hablaba, desprendió la ceniza del cigarrillo que sostenía entre los dedos, lo puso entre un par de labios tan delicados como cualesquiera que hayan sido creados para besar y lanzó una delicada espiral de humo azul a reunirse con la neblina que ocupaba la parte superior de la habitación.

—Y bien ¿qué es eso tan interesante que tenía que contarnos, *monsieur* Max?

—Todo a su debido tiempo, *ma'm'selle*. Debo pedirle que espere hasta que Casano y Rolland estén de vuelta, pero mientras tanto, excitaré su curiosidad diciéndole que estoy pensando seriamente en exiliarme por un par de años o así.

Mientras decía esto, miraba atentamente a través de sus pestañas medio entornadas a los ojos de la chica, como si esperase, o quizás sólo medio desease, algún indicio de emoción.

Dos párpados ribeteados de oscuro se cerraron por un instante y luego se abrieron de nuevo, y en ese instante dos líquidos ojos gris oscuro, que en el pasado él había visto volverse casi negros por la pasión, le miraron inquisitivamente. Y eso fue todo.

—He ahí grandes noticias —dijo—. Debe de ser muy importante lo que aparte a *monsieur* Max del centro de la acción en un momento tan crítico como éste.

—Sí —dijo Renault fríamente y con una casi imperceptible contracción de las cejas—, es importante; tan importante, de hecho, que no creo exagerar cuando digo que de no haber regresado esta noche en vez de mañana, y de haberle concedido a ese sujeto doce horas más de gracia, el destino de todo el mundo se hubiera visto alterado.

—¡Cómo! ¿El destino del mundo? —dijo ella medio incrédula, mientras los otros interrumpían sus conversaciones y se volvían para escuchar esa extraña concatenación de palabras.

—Sí —dijo Max, alzando ligeramente la voz hasta que hubo en ella una nota de triunfo, y al mismo tiempo haciendo descender su mano sobre la de ella, que descansaba en el brazo de su silla. Un sonrojo acudió a las mejillas de la chica y un relámpago de enfado a sus ojos, e hizo un esfuerzo por retirarla, pero él la sujetó con rapidez y, antes de que pudiera hablar, continuó:

—Sí, Lea, si la empresa que voy a acometer culmina en éxito, tendré el destino de la sociedad humana en mis manos, tal y como ahora sujeto esta preciosa manita tuya, aunque con un apretón un tanto más recio, y entonces...

—Y entonces, *monsieur* Max —le interrumpió la chica, escamoteando su mano en cuanto la presión de él se relajó un momento—, supongo que tendrá lo que no tiene ahora, el derecho de tomar lo que quiera por la ley universal del poderoso.

—Sí —dijo él, con otra risa, algo más agradable esta vez—. Y en cuanto tenga el poder, lo usaré, tanto en el amor como en la guerra. ¿Estás de acuerdo?

Lea lo miró con atención durante unos momentos, y luego, con un veloz rubor extendiéndose por una cara tan bella como cualquiera en la que se hubieran posado ojos de hombre con amor y deseo, dijo en voz baja, con un temblor apenas perceptible en ella:

—Sí, supongo que el poder conlleva el derecho después de todo, tanto en el amor como en la guerra, y en la sociedad del siglo diecinueve. Aquel que pueda tomar puede tener; pero, si no te importa, esperaremos hasta que puedas tomar.

—¡De acuerdo! —dijo él—. Trato hecho. Y ahora nos dedicaremos a los negocios. ¿Le habéis encontrado un lugar de descanso tranquilo al camarada Berthauld? —continuó, dirigiéndose a los dos hombres que acababan de regresar a la habitación.

—Sí —dijo Casano con su agradable entonación italiana de tenor—. *Li hemos donato un banio. Non* creo que quede *multo* de él o sus ropas por la *maniana*.

—Muy bien —dijo Max, sacando algunos papeles del bolsillo del pecho de su chaqueta. —Ahora, sentaos y escuchad.

Obedecieron en silencio, aunque Casano aseguró antes la puerta.

—Primero —dijo Max, alzando la vista de sus papeles y dedicando un rápido vistazo a las caras expectantes alrededor de la mesa—, el camarada Caserio Santo, del Grupo Cette, ha sido escogido al azar para ejecutar la sentencia dictaminada por este grupo el 6 de febrero contra Sadi Carnot en retribución por las vidas que se negó a perdonar. Santo estará en Lyon poco después del amanecer. Si esa rata de Berthauld hubiera salido vivo de esta habitación, Santo hubiera sido arrestado y Carnot hubiera escapado. Tengo las pruebas de su traición aquí,

por si desearais verlas. Así pues, ¿estamos de acuerdo en que debo dirigirme a él para que le brinde nuestras felicitaciones a *Monsieur le President* en su visita a Lyon?

Se detuvo y miró alrededor de la mesa otra vez. Los otros asintieron en silencio, pero Lea alzó la vista con algo parecido a la ternura en sus ojos, y dijo:

—¡Qué pena! El pobre Carnot es un tipo excelente a su manera burguesa, ¿no? Un buen modelo de marido y padre, incorruptible en política y todo eso. ¿No serviría cualquier otro en su lugar, digamos Casimir-Perier o Dupuy? Hoy en día no abundan precisamente en Francia los políticos incorruptibles.

—Cuanto mejor el hombre, mayor el efecto —dijo Max con sequedad—. Es tan fácil golpear alto como un poco más bajo. Hay muchos políticos en Francia, pero sólo un presidente.

—¡Ja! Vaya si lo hay —dijo un pequeño alemán de rostro brillante y cabeza cuadrada que se sentaba frente a Lea—. Golpea alto y golpea *dugro*. Ésa es la *forgrma* de *consequirg* que esos cabezovejas *abrgan* sus ojos y lean los *pegriódicos* del lunes. Dejemos que *Cargnot* vaya *prgimegro* y luego... bien, luego algún *otrgo*. Hay muchos *otrgos prgescindibles*.

Una risotada siguió a este discurso de Franz Hartog, que puede ser presentado aquí tan bien como en cualquier otro lugar como el ingeniero más inteligente de Europa y un anarquista de corazón y alma... si es que tenía alma, punto que algunos de sus más allegados se sentían muy inclinados a dudar.

—Muy bien —dijo Lea—; retiro mi objeción, si de hecho alguna vez la tuve.

El veto de uno de los miembros, según las reglas del Grupo, hubiera sido fatal para la ejecución de la propuesta. Mientras Lea retiraba el suyo, sacudió un poco más de ceniza del extremo de su cigarrillo, y con ella, a

efectos prácticos, cayó el hombre cuya muerte lloraría toda Europa antes de cuarenta y ocho horas.

—Entonces está dispuesto —dijo Max—. Lo primero que haré por la mañana será cablegrafiar a Lyon. Ahora, Hartog, ¿tienes algo que decirnos acerca de esa cañonera tuya?

—*Ja*, está todo *prgepagrado*. Nos *entrgegagrán* el casco en la *dárgsena* el mes *prgóximo*. He diseñado yo mismo los *motogres*, y la velocidad especificada en el *contrgato* con el *gobiergno rguso segrá* de *trgeinta* cinco nudos, y podéis *apostarg* que mis *motogres* *hagrán* que los consiga. *Hagremos* una *prgueba prgivada*, con todo el *cargbón* y las *argmas* y la munición a *borgdo*, de *acuergdo* con el *contrgato*, en dieciocho meses, y podéis *contarg* con que *estagré* a *borgdo* *pagra* entonces, con la *trgipulación* y los *argtillegros* suficientes *pagra* *hacerg* lo que *quegramos* con ella.

»Podéis *estárg segugros* también de que los demás *tendrgán* algo *dentrgo* que no les *hagrá* mucho bien si llega a *dargse* alguna *escagramuza pagra* que *entrngemos* en posesión del *bargco*. Luego nos *rgeunigremos* en el lugar *aprgopiado*, y a continuación *pasagremos* un *pegríodo* salvaje en las *rgutas* del Atlántico y el Cabo, *porg* donde *trgaen* las especias y los diamantes.

»*Ja*, *crgeedme*, *monsieur* Max y *camagradas*, *Frganz Hargtog* os *hagrá* los *señogres* del *marg*, y os *podrgéis rgeírg* de todas las flotas de *Eugropa* cuando intenten *captugragros*. Eso sí que *megrecegrá* el *nombrge* de *anargquía*. *Ja*, es un buen plan, y lo *cumpligremos*, *crgeedme*.

El pequeño alemán se detuvo y miró alrededor de la mesa, frotándose las manos, y entre los murmullos de aprobación que siguieron a su discurso, Max asintió contento y dijo:

—Sí, amigo mío, tienes mucha razón. Es un gran plan, y si puedes capturar ese pequeño galgo para nosotros cuando esté construido y armado, habrás hecho más por

la anarquía y habrás hundido un clavo más largo en el ataúd de la tiranía del comercialismo que ningún hombre antes. Y ahora voy a revelaros un plan mayor incluso que ése.

—¡*Mayorg* que ése! —exclamó el alemán, con sus acerados ojos brillando de excitación tras sus lentes—. ¡Cómo puede ningún plan *serg mayorg* que ése!

—Escucha y lo oirás —dijo Max—, y no me llevará muchas palabras contároslo.

»Hace algunos años, cuando era poco más que un muchacho, y antes de llegar a la convicción de que no hay otra solución para enmendar la situación actual que la fuerza y el terrorismo, me uní a una sociedad de idiotas afables que se reúnen en sus respectivas casas por todo Londres y que se autodenominan la Hermandad por una Vida Mejor.

»He mantenido mi afiliación, en parte porque me maravillan y me interesan, y en parte porque tenía la vaga idea de que algún día podría surgir algo de todo ello. Hace ya mucho tiempo que tienen en marcha un plan para emigrar a algún remoto lugar del mundo y poner en marcha uno de esos asentamientos socialistas que, por supuesto, siempre acaban en desgracia de un modo u otro, como acaba de ocurrir con el de Freeland; pero, hasta hace unas pocas semanas, no habían tenido oportunidad de ponerse en marcha por falta de dinero.

»Entonces, hará aproximadamente un mes, estábamos en una reunión ordinaria cuando ocurrió algo a lo que nunca hubiera dado crédito de no haber sucedido ante mis propios ojos. Hace casi seis meses, uno de los miembros que fingía ser un artesano, pero que en realidad no tenía nada de eso, pues era lo que se suele decir un caballero de la cabeza a los pies, desapareció.

»Durante cinco meses no supimos nada de él y entonces, una noche, después de una conferencia impartida por una especie de profeta de los últimos días de los

nuestros, un tipo muy inteligente aunque errado llamado Edward Adams, un desconocido se destacó de entre el público y pidió que se le permitiera decir unas palabras.

»Por supuesto, se lo permitimos, y entonces empezó diciéndonos que era el padre del joven al que no habíamos vuelto a ver, que su hijo estaba muerto y que en su lecho de muerte había convertido a su padre a sus propios puntos de vista socialistas; y no sólo esto, sino que le había hecho prometer que donaría lo que hubiera sido su herencia a la asociación, para que se llevara a la práctica el plan para el asentamiento socialista. Entonces nos dijo que había acudido a dar cumplimiento a su promesa y, si se lo permitíamos, a tomar parte él mismo en la empresa.

»Pues bien, consentimos, con la condición de que aceptara la Constitución que habíamos estado, como siempre había pensado, jugando a esbozar, y aceptó hacerlo, y entonces nos dejó atónitos cuando dijo cuánto estaba dispuesto a dedicar a la ejecución del plan. Esperábamos unos pocos cientos como mucho, quizás lo bastante para darnos un impulso con el que organizarnos, así que os podéis imaginar lo que sentimos —y yo en particular— cuando la cifra resultó estar por encima de las cien mil libras.

—*¡Einhunderttausend librgas!* —gritó Hartog, incapaz de refrenar su entusiasmo—. *¡Casi podrgían constrguirgse trges bargcos de trgeinta y cinco nudos con tanto! ¿Puede apodegrargse de ellas, monsieur Max?*

—No voy a apoderarme de ellas, amigo Franz, sino de algo mucho más importante que el dinero. Resultó que nuestra particular hada madrina era ni más ni menos que Frederick Austen, el director de la empresa de alta ingeniería Austen e Hijo, entre Queen Victory y Woolwich. La muerte de su hijo ha imposibilitado que un Austen le suceda en el negocio, y ello, combinado con el cambio en sus convicciones sociales, le ha hecho decidirse a renunciar por completo a ellos.

»Por supuesto, no tendría ni que deciros que le aceptamos a él y a su dinero con gratitud. Pero aún faltaba por llegar lo más extraño. La noche pasada, durante una reunión del comité, del cual tengo el honor de ser miembro, nos confió un secreto que, tal y como dijo, permitiría al asentamiento no sólo defenderse contra quienquiera que quisiera interferir con él en caso de que prosperara, sino que permitiría a los colonos imponer una lección práctica de paz, buena voluntad sobre la Tierra y todo ese tipo de cosas a las primeras naciones que fueran a la guerra entre sí tras encontrarse ellos en posición de esgrimir el poder que les otorgaría.

»Entonces —y aquí Max Renault se inclinó sobre la mesa e instintivamente bajó la voz, mientras el resto se inclinaba también para escuchar lo que se avecinaba— nos dijo que, justo antes de la enfermedad fatal, su hijo había completado una serie de experimentos que le permitían sostener, sin faltar a la verdad, que el problema de la navegación aérea al fin estaba resuelto, y que él lo había resuelto.

»Le contó el secreto a su padre, y éste al instante puso todos los recursos de sus negocios a su disposición, y, camaradas, creedme o no, como preferáis, pero os digo que hace menos de veinticuatro horas he visto en acción un modelo funcional del navío volador que Frederick Austen va a construir, asistido por mí, en la Nueva Utopía de la Hermandad.

Un murmullo, mitad de asombro, mitad de incredulidad, corrió de boca en boca mientras Renault musitaba estas palabras trascendentales, y Lea de súbito se enderezó en su silla, estiró sus hermosos brazos hacia arriba y entonces, entrecruzando sus manos tras la cabeza, miró a Max con admiración indisimulada en los ojos y dijo, con un timbre de júbilo en la voz:

—Ah, por fin te comprendo, después de pasarme todo este tiempo preguntándome adónde conduciría tu

relato. ¡Excelente, *monsieur* Max, excelente! No ha estado jugando a ser un lobo anarquista con piel de cordero socialista por nada. Emigrará con esos buenazos a su Nueva Utopía, doquiera que la encuentren, asimilará aquellas de sus ideas que podrían resultar útiles, se presentará ante ese excelente capitalista converso como ingeniero aéreo y luego...

—Sí, y luego —dijo Max, con un movimiento significativo de sus manos hacia el bolsillo que contenía su revolver—, cuando el Crucero del Aire esté construido y equipado y yo esté satisfecho con su desempeño, lo encontrarán a faltar la mañana menos pensada, y a mí también.

»No voy a exiliarme con un montón de gente como ésa para nada, eso puedo asegurarlo. Si soy el hombre por el que me tengo, en tres años la aeronave llevará la bandera roja por entre las nubes y aterrorizará la Tierra entera, de este a oeste y de polo a polo.

»Y ahora —continuó, poniéndose en pie ante el impulso de sus propias palabras— si tenéis algo más de champán, llenad las copas. Tengo un brindis para vosotros. Por un año o dos deberéis llevar adelante el trabajo sin mí, o paralizarlo por completo, lo que os parezca mejor; y mientras tanto tú, Hartog, deberás poner tu diablo marino de treinta y cinco nudos a flote y en acción, hasta recaudar de los océanos el tributo necesario para proporcionarnos fondos con los que construir una flota aérea según el modelo del navío que os traeré, y entonces ya no habrá más asesinatos clandestinos ni más lanzamientos nimios de bombas. Declararemos la guerra, una guerra sin cuartel, al mundo que odiamos y que nos odia y nos teme a nosotros, y entonces...

—He aquí tu vaso, mi futuro Señor del Aire —dijo Lea, alzando y tendiéndole una copa llena de champán con un gesto de deferencia que no era del todo fingido—. De modo que propón tu brindis.

—Lo tendréis, breve y dulce —dijo Max, tomando el vaso y alzándolo sobre su cabeza—. Que haya vida para aquellos que amamos y muerte para aquellos que odiamos. ¡*Vive l'anarchie* y los Forajidos del Aire!

—¡*Mein Gott*, si ése es un *grgan* plan! *Incendiagrá* el mundo a poco que se cumpla —dijo Franz Hartog, antes de vaciar su vaso de un trago, y después se quedó contemplando a Max Reanult, con una mirada en sus ojillos parpadeantes que era casi de adoración.

Capítulo I

Utopía en el sur

El 21 de noviembre de 1898, el Calipso, un yate grande, aparejado como una goleta de tres mástiles y de entre cuatrocientas y quinientas toneladas de desplazamiento, sufrió un accidente bastante grave en sus motores durante uno de esos huracanes breves pero mortíferos que son conocidos por los navegantes de los Mares del Sur como «descargas australes».

Se trata de las tormentas blancas del sur, y pobre del infeliz barco al que golpean sin previo aviso. Sobre las aguas lisas y soleadas se abate con rapidez paralizante una masa de olas sibilantes y bullentes, disgregadas en espuma y luego abatidas de nuevo por la fuerza terrible del viento que ruge sobre ellas. A menudo, el barco no experimenta ni una brisa ni una bocanada de aire hasta que lo golpea la tormenta, y entonces las ráfagas impactan con la fuerza conjunta de un centenar de arietes.

Si el barco está desaparejado y preparado para el golpe, hunde la proa hasta que el agua escapa por los orificios de drenaje, con media cubierta inundada. Si queda algún jirón de vela en un estay o una verga, se escucha un restallido, como el disparo de una escopeta de caza, y, si tienes ojos rápidos, podrías ver cómo desaparece volando a sotavento, como un pedazo de papel ante un vendaval; y si no ha sido aprestado con bastante diligencia para enfrentarse a la tormenta, un mastelero desgajado o toda una línea de aparejos serán quienes sufran el castigo por resistirse.

Mientras tanto, lo que pocos minutos antes era un mar calmo y deslumbrante, apenas alterado por una ondulación, es ahora una masa blanca y bullente de olas que se

alzan con rapidez, contra las que el esforzado y batallador navío lucha por su vida cual animal hostigado.

Así había sido con el Calipso. Habían izado un resistente foque nuevo con la esperanza de encarar la tormenta antes de que golpeará de costado, y éste había resistido un poco demasiado, a costa de quebrar el mastelero del trinquete. Después, un intento de hacerlo girar a fuerza de hélice había desembocado en el desastre que prácticamente lo había dejado inutilizado.

Un golpe de mar lo había alcanzado de proa, el morro había descendido y la popa se había alzado, con el propulsor girando en el aire, y antes de que tuvieran ocasión de parar el motor había surgido un chirrido horrible de la sala de máquinas, y momentos después el yate navegaba a la deriva por delante de la tormenta con un cigüeñal roto.

Cuando todo esto ocurrió, el Calipso estaba viajando de Nueva Zelanda a las Islas Marquesas, entre cuatrocientas y quinientas millas al noreste de Auckland. La hélice había sido izada fuera del agua y se le había acoplado al trinquete un mastelero de repuesto; pero sólo cinco días después de hacerlo les había atrapado una galerna del suroeste y les había castigado con tanta saña que, para cuando ya había sido usado en las reparaciones el último palo de repuesto disponible a bordo, sólo podían cargar suficiente velamen para avanzar a cuatro o cinco nudos por hora con una buena brisa en las gavias.

El resultado de este doble infortunio fue que un mes después aún se encontraba en el límite austral de los trópicos, lidiando con desconcertantes vientos ligeros, incapaz de alcanzar la región de los alisios del sudeste.

El Calipso pertenecía y era capitaneado por sir Harry Milton, de Seaton Abbey, Nothumberland, terrateniente y siderúrgico, que menos de tres años antes había cumplido la mayoría de edad y entrado en posesión de su herencia de muchos acres de terreno, minas y herrerías,

que le reportaba unas rentas no muy inferiores a treinta mil al año, y sumadas a éstas, un confortable fondo de casi medio millón en efectivo y en valores seguros.

Durante el pasado año y medio había estado viendo mundo del modo más placentero, navegando de puerto en puerto y de océano en océano, en su yate, en compañía de su hermana Violet, una morena preciosa, sana y distinguida, entre los dieciocho y los diecinueve años.

El propio sir Harry era un buen espécimen del típico caballero inglés, que alcanzaba cerca de los cinco pies diez en sus náuticas, bien construido, de hombros anchos, piel sonrosada y ojos claros, con rasgos que eran francos y agradables en su abierta hombría, más que estrictamente apuesto, y aun así salvados de la mediocridad por esa indefinible aunque inequívoca huella de buena crianza que distingue, según reza el ingenioso si bien algo cínico dicho, al hombre que posee un abuelo del que sólo tiene progenitores.

Dejando aparte la oficialidad y la dotación del Calipso, sólo había otro tripulante del yate que precisa ser introducido de forma especial: Herbert Wyndham, teniente segundo en la cañonera de Su Majestad Sandfly, un viejo compañero de colegio y amigo íntimo de Sir Harry, que se encontraba en licencia de un año por invalidez, a consecuencia de una fea herida de bala que había recibido durante el asalto a la fortaleza de un cacique esclavista del África occidental, a la cabeza de sus casacas azules. Sir Harry lo había recogido en Ciudad del Cabo, donde estaba empezando a caminar después de las fiebres que habían seguido a su herida, y, con la ayuda de su hermana, había conseguido sin demasiadas dificultades persuadirle para que pasara el resto de su permiso de crucero por los Mares del Sur en el Calipso.

En persona, el teniente Wyndham era un muchacho de veintiséis años bien parecido y de miembros esbeltos, con un rostro jovial y brillantes ojos color avellana, que

miraban alertas bajo una frente cuadrada y fuerte, que hacía juego con la barbilla firme, la cual, en consonancia con la moda reciente entre los oficiales navales, estaba adornada con una barba bien recortada y delineada, un tono o así más claro que el tupido y rizado pelo castaño que no constituía el menor de sus atractivos personales.

A medida que pasaba semana tras semana y no aparecían a la vista desde las cubiertas del yate medio inutilizado ni tierra ni velas, sir Harry empezaba a sentir una natural preocupación por la seguridad de su bello navío y la de aquellos de entre los que a bordo se encontraban que le eran cercanos y queridos. Otra tormenta o galerna como las que ya habían padecido, casi con total seguridad acabaría en su actual estado por hacerlo naufragar, y tanto él como su piloto se hubieran alegrado incluso de encontrar el abrigo de un atolón coralino, dentro del cual poder refugiarse para efectuar la concienzuda reparación que resultaba impracticable en mar abierto.

Pero casi todo llega a su fin —incluso las calmas en el Pacífico sur—, y para nochebuena el Calipso por fin se había arrastrado fuera de la región de calmas y había empezado a sentir las primeras bocanadas irregulares de los alisios. Entonces, una hora antes del amanecer del día de Navidad, el inesperado, pero no por ello menos bienvenido, grito de «¡Tierra a la vista!» sacó a todo el mundo, desde el propio sir Harry hasta la doncella de su hermana, o la «dama de honor», como solía llamarla el teniente Wyndham, de sus literas y los hizo subir tambaleándose hasta la cubierta.

Nadie que no haya contemplado el sol naciente sobre una isla del Pacífico Sur se puede formar una ida cabal de la escena que saludó a los ojos de la tripulación del Calipso a medida que la luz crecía y se hacía más brillante al este de su ubicación. Los paraísos isleños del Mar del Sur son como ningún otro lugar de la Tierra. Su

belleza les es propia. Ninguna descripción puede jamás hacerles justicia, así que el lector deberá por tanto conformarse con la simple descripción geográfica, que vendrá en su momento, de la isla que se veía emerger de un plácido mar azul zafiro desde la toldilla del Calipso la mañana de Navidad de 1898.

Menos de media hora después de que las exclamaciones de bienvenida hubieran recorrido la cubierta, sir Harry y el piloto escudriñaban con ilusión la tierra, ahora a unas diez millas de distancia, a través de sus lentes.

—¿Qué opina, señor Topline? —preguntó sir Harry, después de un prolongado reconocimiento de la tierra misteriosa, apartando los binoculares de sus ojos y mirando al viejo lobo de mar con una expresión de perplejidad.

—No sabría decirle, sir Harry. Nunca antes había visto esta isla, y no creo que esté registrada en las cartas. Verá, nos hemos apartado por completo de las rutas de los navíos mercantes y los paquebotes, y esta porción del Mar del Sur, incluso hoy en día, es muy poco conocida. No tenía ni idea de que hubiera tierra en trescientas millas a la redonda— contestó el piloto.

—No, no está en las cartas, pues ayer mismo me encontraba con el señor Martin mientras trazaba el curso y no había nada en nuestra proximidad. ¡Desconcertante viento! Aquí tenemos de nuevo la calma chicha. ¡Hola! ¿Qué canastos es eso?

Mientras hablaba, sir Harry se abalanzó, lente en mano, hacia la barandilla que rodeaba la cubierta inferior del yate, trepó por los obenques media docena de cabos y de nuevo apuntó sus lentes en dirección a la isla. Un momento después pegó un grito al piloto:

—Topline, ¿qué diría de una lancha a vapor viniendo desde su isla desconocida?

—¡Una lancha a vapor! Bien, ¡que me zurren si no lo es! —dijo el otro, subiendo al aparejo opuesto y centrando la vista en el artillugio que se aproximaba—. Debe

de ser la gabarra a vapor de algún buque de guerra que esté reconociendo la isla, o recogiendo fruta y agua, sólo que no tiene chimenea y no... ¡Vaya, si hará los veinte nudos por hora por el agua si es que hace una yarda! ¡No es la gabarra de ningún buque, no lo es!

A bordo del Calipso, todos los ojos se encontraban ahora fijos en el extraño artilugio que, a estas alturas, ya había salvado el arrecife y se dirigía a toda velocidad hacia ellos sobre el mar calmado y sin viento, a un ritmo que probaba que, fuera cual fuese su fuerza motriz, no tenía carencias en cuanto a eficiencia. En menos de media hora se encontraba describiendo una amplia curva hacia la popa del yate, preparándose para navegar a la par.

Pronto resultó evidente que el piloto había errado bastante en su hipótesis de que se trataba de la gabarra a vapor de algún buque de guerra. Se trataba de una embarcación que desplazaba diez o doce toneladas, larga, estrecha y baja, pintada de blanco, con una banda dorada brillante de proa a popa y cubierta a todo lo largo por una toldilla de nívea blancura, bordeada por un fleco de colores brillantes. De hecho, por lo que respectaba a la apariencia, podría haberse visto trasladada por arte de magia desde el Támesis superior el día de una Regata Henley hasta la distante y solitaria región del Mar del Sur de la cual emergían ahora las abruptas colinas y las verdes laderas de la isla desconocida de donde había llegado.

Cuando se puso a la par del Calipso, un joven de unos dieciocho años, que se erguía al timón en medio de la embarcación, saludó al yate en inglés, y deseó a los recién llegados «¡Feliz navidad!» con una entonación que no dejaba la menor duda respecto a su nacionalidad. Sir Harry devolvió el saludo con la misma cordialidad con que había sido dado, maravillándose no poco, como el resto de navegantes, no sólo por la presencia de un artilugio tan primoroso en unas aguas tan apartadas, sino también por el extraño contraste entre las maneras y el

lenguaje del joven que les había saludado y su apariencia incivilizada por completo —incivilizada, cabe precisarlo, desde el punto de vista de la moda actual.

Su porte y su discurso eran los de un caballero joven, culto y bien educado, de finales del siglo diecinueve, pero su vestimenta se asemejaba más a la de un marinero fenicio de mil años antes. Su largo pelo castaño caía en rizos sobre sus anchos hombros y se arracimaba denso sobre su suave frente, apartado de su apuesto rostro bronceado por un estrecho aro metálico que parecía de aluminio bruñido.

Su vestimenta consistía en una túnica de lana gris claro, ribeteada con seda azul bordada con refinamiento, abierta por el cuello, por donde asomaba una ajustada camiseta interior de lino blanco, y sujeta a la cintura por una faja de seda roja, enrollada con dos o tres vueltas y con los extremos, terminados en flecos, colgando sobre su cadera izquierda. Un par de mocasines de piel amarilla clara, bellamente trabajados con cuentas de colorines bordadas, cubrían sus pies y llegaban hasta media altura de las pantorrillas de sus musculosas piernas desnudas.

—¿Qué artefacto es ése y de dónde surgís? —preguntó sir Harry, con vagas ideas sobre piratas asociándose en su mente con los fabulosos ropajes del joven al mando de la embarcación.

—Ésta es la lancha eléctrica Sirena, y esa de allá la isla de Utopía —contestó—. Vinimos para ver si podíamos prestarles cualquier ayuda. Parece que han sufrido bastante mal tiempo por ahí, a juzgar por cómo se ven sus aparejos.

Al escuchar esta respuesta extraña, si bien expresada con amabilidad, sir Harry empezó a pensar que el Calipso debía de haber derivado desde los dominios de la realidad hacia las regiones de la ficción, pues de la única Utopía de la que había oído hablar era de la de Tomás Moro. Pero los buenos modales prohibían

cualquier muestra de sorpresa o incredulidad, así que contestó risueño:

—No tenía ni idea de que Utopía existiera sobre la Tierra en estos días decadentes, pero estoy encantado de descubrir que estaba equivocado, y también muy agradecido por que hayan venido a nosotros. Tenemos los motores averiados y el aparejo gravemente dañado. ¿Pero por qué no sube a bordo y permite que nos presentemos?

—Gracias, si me lanzan una cuerda, eso haré. No se molesten con la pasarela. Aquí, Tom, toma el timón y no dejes que esas chicas te arrastren lejos de aquí.

—Eso es justo lo que él querría que hiciéramos —se escuchó la voz jovial de una chica desde debajo de la toldilla delantera, mientras el joven asía la cuerda y se izaba con presteza hasta la barandilla del Calipso.

—No sabía que hubiera damas a bordo —dijo sir Harry, encontrándose con él a la altura de la pasarela y sujetando su mano—, si lo hubiera sabido, no le hubiera saludado tan informalmente.

—No hay damas en Utopía, y a los utópicos no nos gustan demasiado las formalidades, así que mejor de este modo —le contestó el joven, con una risa, mientras tomaba la mano de sir Harry.

—Pero sin duda lo que acabo de escuchar es la voz de una joven dama, y muy dulce además, si he escuchado bien.

—Bien, se trataba de la voz de una chica, ciertamente. Hay tres a bordo de la Sirena, pero no les gustaría ser calificadas como jóvenes damas. Sólo hay mujeres y chicas en Utopía. Dejamos las damas atrás en Inglaterra.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Violet, mirándolo con franca e indisimulada sorpresa, compuso sus ropas con cierta brusquedad. Después, con un leve sonrojo en sus mejillas, continuó:

—Pero discúlpeme, mejor haría presentándome antes de hablar acerca de nuestros usos y costumbres,

que me atrevo a suponer que conocerán pronto. Soy Frank Markham, patrón de la Sirena, y su tripulación actual se compone de Tom Harris, Ralf Smith, Lucy Summers, Annie Milton y Dora Merton, la chica que ha realizado ese comentario tan atinado acerca del señor Tom mientras yo subía a bordo.

Mientras el joven Markham decía esto, fue hasta el costado y gritó:

—¡Venga, sirénidos, mostraos! Quisiera presentaros a nuestros visitantes. Por cierto, aún no me han dicho sus nombres —continuó, volviéndose hacia sir Harry.

—Yo soy Harry Milton; el dueño y patrón del Calipso. Ésta es mi hermana Violet, éste el teniente Wyndham, del navío de Su Majestad Sandfly, y éste es el señor Topleveline, mi piloto.

Mientras sir Harry realizaba las presentaciones, las cortinas que rodeaban la cubierta frontal de la lancha fueron descorridas, mostrando a tres preciosas chicas de pelo largo, vestidas de forma pintoresca, si bien algo escasa, con túnicas brillantes, capas y largos mocasines, profusamente adornados con bordados de seda y cuentas, con broches y brazaletes de curiosa manufactura en lustroso metal blanco y amarillo. Instintivamente, todos los hombres que miraban por sobre la borda del Calipso alzaron el sombrero o la gorra, mientras las tres chicas, a medias solemnes, a medias con timidez, respondían a los saludos que recibían desde la cubierta del yate.

—Y ahora, ¿qué podríamos hacer por ustedes? —preguntó Markham cuando esta pequeña formalidad hubo concluido—. Supongo que desearán entrar en puerto y reacondicionar el barco tan pronto como sea posible.

—Eso es justo lo que quisiera hacer desesperadamente —contestó Harry—. ¿Pero dónde podría encontrar un puerto y un astillero en esta región del Pacífico?

—Ambos se encuentran a menos de media docena de millas de aquí, y la Sirena les remolcará hasta allí en

una hora si primero me hace el favor de concederme cinco minutos de conversación en privado.

—Por supuesto; venga a mi camarote —dijo sir Harry, mostrándole el camino a su acompañante.

Menos de diez minutos después regresaron, con sir Harry visiblemente perplejo, y sin pérdida de tiempo se extrajo una guindaleza y se lanzó a la Sirena, y los dos navíos empezaron a moverse suavemente hacia el blanco arrecife en la distancia, que circundaba la hasta la fecha desconocida isla de Utopía.

Capítulo II

Entrando en puerto

Le costó poco más de una hora a la Sirena remolcar al Calipso desde donde había quedado inmovilizado por la calma hasta el interior de la laguna de Utopía. A medida que el yate se aproximaba a la isla, se hizo pronto evidente que, ya fuera la casualidad o la intención lo que hubiera guiado a los utópicos en la elección de su remoto hogar, habían tenido la fortuna de escoger una localización que bien merecía ser tildada de hermosa, incluso en un rincón del mundo donde tierra, mar y cielo parecen conspirar para vestir sus más brillantes y hermosos semblantes.

Se le aproximaban por el oeste, y antes de alcanzarla, el sol se había alzado sobre el horizonte, y contra la avenida de luz que encendió el horizonte oriental vieron, irguiéndose claro y afilado, el cono truncado de un volcán extinto, que se alzaba en solitaria grandeza entre cuatro y cinco mil pies sobre el nivel del mar. A mitad ladera, a norte y sur, dos arcos de colinas, apenas arboladas en las cimas, pero con las faldas recubiertas por la vegetación más densa y lujuriosa, se extendían hacia el sureste y el noroeste, decreciendo gradualmente en altura hasta que terminaban abruptamente en acantilados de roca desnuda que se alzaban ochocientos o novecientos pies en vertical sobre el agua.

Entre estos dos cabos se extendía una bahía ancha e irregular, con una amplia extensión de agua brillante de un tono esmeralda al frente y a continuación verdes laderas que, recubiertas con toda la maravillosa vegetación de los trópicos australes, se alzaban y caían, valle tras valle y colina tras colina, hasta que se fundían en la distancia con las alturas del volcán y sus cordilleras acompañantes.

—Ése el monte Platón —dijo Markham, quien a invitación de sir Harry había permanecido a bordo del yate para actuar de cicerone para los visitantes de Utopía—. Lo llamamos así porque bajo su sombra esperamos fundar nuestra Nueva República.

—¿Pero todavía no está fundada la República? —preguntó Violet—. Si me permite decirlo, no sólo hubiera pensado que ya lo estaba, sino que había alcanzado un considerable nivel de prosperidad.

—Sí —apostilló Wyndahm, con un movimiento de su mano hacia la Sirena—. Si lanchas eléctricas de veinte nudos no son signo de una civilización bastante próspera, a duras penas puedo imaginar qué lo sería.

—¡Veinte nudos! —se rio Markham—. Vaya, la Sirena puede correr a treinta cuando tenemos prisa, y disponemos de un buque de tres mil toneladas en el dique seco del astillero, que estamos construyendo basándonos en un nuevo principio, del que esperamos sacar cuarenta.

—¡Fiu! —silbó Wyndham, alzando sus cejas con asombro indisimulado—. ¿Cuarenta nudos? Si pueden construir buques como ése, todos los utópicos podrían ser millonarios. Vaya, no hay ni un solo gobierno europeo que no estuviera bien dispuesto a pagarles medio millón por cabeza por cada uno de ellos que produjeran.

»Nuestro propio Almirantazgo es quizás la institución más obtusa de su clase bajo el sol; pero creo que incluso ellos accederían a un buen trato por el secreto de un barco como ése, si me dejaran llevármelo a casa conmigo.

En vez de responder directamente, Markham miró a sir Harry, que al instante se dio por aludido y dijo, agitando la cabeza.

—No, Wyndham, me temo ni eso ni nada parecido cuenta con la menor posibilidad. De hecho —dijo—, podría decirte, y también a ustedes, caballeros —continuó, con una mirada en dirección al piloto y su contramaestre— que

he aceptado la invitación a entrar en Utopía con la sola condición con que se me ha ofrecido, y he comprometido mi palabra de honor, por mí mismo y por todos a bordo del yate, de que no habrá ningún intento por aprender nada que no nos sea revelado libremente, y que incluso si aprendiéramos algo por accidente, nos conduciremos tanto aquí como en casa como si nunca lo hubiéramos conocido.

»Ya veis, no tenemos el menor derecho a husmear en los secretos o descubrimientos de nuestros anfitriones, y estoy seguro de que convendrán conmigo en que al aceptar este compromiso no estaba haciendo sino lo mínimo que pudiera esperarse por retribuir la amabilidad y la ayuda que estoy seguro recibiremos en tierra firme.

—¡Oh, claro que sí, claro que sí! —dijo el teniente—. Sólo estaba bromeando, por supuesto. Un hombre que actuara con tamaña desconsideración merecería que le dispararan. Sin embargo, tan sólo un apunte. Como saben, un navío de cuarenta nudos bien armado sería simplemente inapreciable, no sólo para una nación en particular como la nuestra, sino para el mundo civilizado en su conjunto. Ya saben a lo que me refiero.

—¡Ah, sí! —replicó sir Harry, componiendo en un instante un rostro serio—. Te refieres a dar caza a esa bestia de la bandera roja y perseguirla hasta su guarida, doquiera que se encuentre. Sí, un barco que pudiera lograr eso sería barato por un par de millones, y creo que Europa reuniría el dinero para adquirirlo en una semana, incluso si los gobiernos no pudieran encontrarlo. Yo mismo aportaría con gusto diez mil.

—Discúlpeme —dijo Markham, girando el cuerpo desde la barandilla donde había estado en pie, señalando los distintos rasgos característicos de la isla a Violet mientras sir Harry hablaba—, pero eso suena casi como una reedición moderna de una de las viejas historias de piratas. Seguro que no pretende insinuar que hay piratas hoy en día, ya sea con banderas negras o rojas.

—Lamento decir que hay al menos uno —dijo sir Harry—, y puede hacer más daño en un mes del que todos los antiguos piratas hubieran podido lograr juntos en un año.

—¡Que desvergüenza más ruin! —dijo Markham, pareciendo por un instante más solemne y severo de lo que hubieran creído posible—. He ahí noticias para quienes están en tierra, si no le importa relatarles la historia. De hecho, me temo que ejerceremos una considerable presión sobre su generosidad en ese sentido, dado que en doce meses bien cumplidos no hemos tenido noticias del mundo exterior.

»Pero ya tenemos aquí la entrada a la laguna. ¿Qué les parece? ¿No piensan acaso que nuestra Utopía es un lugar adorable?

—Adorable en verdad —dijo Violet, quien durante la conversación no había dejado de mirar alrededor con toda su atención, como si nunca pudiera obtener suficiente belleza del panorama—. Había escuchado y leído todo tipo de historias sobre las islas del Pacífico, pero no hubiera podido creer que nada terrenal pudiera ser tan bello como esto.

Y ciertamente, el panorama que era visible desde el puente del Calipso sobre el que se encontraban era acreedor del entusiasmo de sus palabras. Todos los colores que la naturaleza emplea para pintar sus paisajes incomparables estaban allí, ya fuera fusionados o contrastados para producir los efectos más exquisitos.

En tierra se entremezclaban un centenar de tonos de verde y oro, desde los matices sombríos de las hojas de higuera hasta las espigas doradas de las plantaciones de maíz que maduraban en las laderas de las colinas superiores; árboles y arbustos de toda forma y altura se sucedían, desde los bananos rastreros hasta las altísimas palmeras y los espléndidos pinos que coronaban las cumbres más altas de las formaciones montañosas; y,

elevado sobre todas las cosas, el cono gris azulado del volcán se alzaba para coronar una estampa que no hay palabras para describir con propiedad.

Pero cuando a la mezcla de colina y valle, roca montañosa y barranco, presentada por la propia isla, se le añadía la nivea blancura de las olas rompiendo en el arrecife —que, salvo por una estrecha apertura, se extendía de punta a punta de la bahía—, el verde esmeralda de la laguna en su interior y, fuera, el azul intenso del océano abierto reflejando el zafiro del cielo sin nubes, la estampa se volvía casi sobrenatural en su extraño y variado encanto.

El rugido de las olas volteando sobre el arrecife sonó más y más fuerte en los oídos de los ocupantes del Calipso a medida que la Sirena y su carga se precipitaban hacia la apertura.

—Creo que lo mejor sería que tomara su timón ahora —dijo Markham a sir Harry cuando se encontraban a unas quinientas yardas del arrecife—. Es una maniobra bastante peliaguda para cualquiera que no conozca las corrientes.

—Eso creo, sí —dijo Wyndham, mirando al frente, mientras Markham tomaba el timón de manos del marinerero que estaba dirigiendo el barco—. Yo no me molestaría en traer aquí un torpedero en la oscuridad. Vaya, no parece haber mucho más de sesenta pies de aguas libres para cruzar. Si este lugar fuera defendido adecuadamente, podría resistir frente a todas las armadas de Europa por tanto tiempo como decidieran quedarse aquí.

—Sí —rió sir Harry—, en especial con uno o dos cruceros de cuarenta nudos deambulando por ahí fuera y distribuyendo juiciosamente sus torpedos. ¿Qué opina, Topline?

—Opino, sir Harry —gruñó el viejo lobo de mar—, que creeré en cruceros de cuarenta nudos cuando los vea. Si tal velocidad es posible, ¿por qué no pueden todos los

gobiernos de Europa, con todo su dinero, construir un crucero para capturar a ese artilugio, lo que quiera que sea, que ha estado personificando al Viejo Scratch entre los cruceros de línea del Atlántico, a decir de las noticias que obtuvimos en Sidney?

—Porque no saben cómo —dijo Markham sin volver la cabeza—, y porque hay secretos que el dinero no puede comprar.

Mientras hablaba, imprimió un giro al timón y viró el barco unos cuatro grados en dirección al puerto, a imagen de una maniobra similar de la Sirena, que al parecer avanzaba sin motor hacia el arrecife. A cincuenta yardas del agua blanca, la Sirena salió disparada hacia la lámina de espuma, giró abruptamente y corrió hacia estribor en ángulo recto con el yate. Esto provocó que la guindaleza se tensara, y mientras salía goteando del agua y se estiraba, Wyndham no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—Qué remolque más extraño; ¿para qué diablos lo está haciendo?

—Lo verá en un momento —dijo Markham, volteando el timón y haciendo virar en redondo al yate siguiendo a la lancha. A juzgar por la tirantez de la cuerda, era evidente que la Sirena estaba tirando con mucha fuerza de ella. El Calipso giró, y entonces su popa viró con un chapoteo hacia las arremolinadas aguas blancas que bullían en torno a la estrecha entrada.

Entonces, mientras el grupo sobre el puente miraban con apenas disimulada ansiedad los rompientes que a cada instante se encontraban más cerca, hasta que estuvieron rugiendo a apenas un tiro de piedra, la línea se aflojó ligeramente, y justo cuando el piloto, incapaz de contenerse por más tiempo, gritó: «¡Estará sobre el arrecife en un minuto! ¡Dile a la lancha que remolque más fuerte, hombre; ¿no puedes ver que se nos va?», la masa espumosa y oscilante de los rompientes de

repente pareció deslizarse fuera del camino, y un minuto después el Calipso había derivado a través de la apertura con la popa por delante y flotaba inmóvil sobre las tranquilas y brillantes aguas de la laguna, con la Sirena reposando unas pocas yardas más allá.

—Hay una corriente de doce nudos al girar el extremo del arrecife —dijo Markham, abandonando el timón y volviéndose hacia el piloto—. Sería tan factible remolcar un barco inutilizado a través del hueco como sobre el propio arrecife. La única forma de conseguir que el yate entrara era dejar que pasara a la deriva; con una supervisión adecuada, por supuesto.

—Ruego que me perdone, joven caballero —dijo Topline, pareciendo un tanto alicaído—. Estaba equivocado y usted tenía razón. Conoce el lugar y yo no; y que me cuelguen si hubiera podido lograrlo yo mismo.

La Sirena reemprendió ahora al camino, y empezó a remolcar al Calipso a través de la laguna hacia los altos acantilados del brazo sur de la bahía. El agua tranquila y brillante de la bahía ya se encontraba salpicada de docenas de canoas con batanga primorosamente construidas, algunos catamaranes de doble casco, con esas grandes velas blancas que los impulsan a la velocidad por la que son famosos, otras canoas, del tipo que se ve en los lagos y ríos canadiense, y aun otras, construidas justo como las que pueden verse cualquier día de verano en el Támesis, entre Putney y Richmond, grandes y espaciosos botes de remo, con balancines finos y amplios y llanos cascos centrales, con sus lonas níveas extendidas a todo lo largo.

Todos se acercaban a la carrera, impulsados por la brisa terrestre que provenía del fondo de la bahía, donde media docena de malecones se adentraban en el agua y donde, tras la nívea playa coralina, las verdes laderas se encontraban salpicadas de casitas blancas, que asomaban entre bosquecillos sombreados de tilos, naranjos y grandes helechos arborescentes, sobre los cuales las majestuosas

palmeras elevaban sus copas que se agitaban suavemente a un centenar de pies en el aire.

El Calipso se encontró pronto rodeado por las embarcaciones de poco calado, y sus tripulantes, vestidos con ropajes coloridos, dedicaron multitud de saludos de bienvenida a los recién llegados, y así escoltado, el yate fue remolcado hacia los acantilados. Parecía como si la Sirena fuera a darse de bruces contra la ceñuda pared de roca que se elevaba cientos de pies sobre ella, pero a un par de cientos de yardas de su base, Markham tomó de nuevo al timón.

La lancha giró bruscamente hacia puerto, y al mandar al Calipso tras ella, los que se encontraba en el puente vieron cómo la pared de roca se abría en un arco vasto, el ápice del cual se encontraba a más de doscientos pies sobre el nivel del agua. Se deslizaron a su través durante unas cincuenta yardas, y entonces la media luz del túnel dio paso de nuevo al la brillante luz del sol y se encontraron flotando en una cuenca oval perfectamente cerrada, de una milla de longitud y sobre tres cuartos de milla de anchura, rodeada por todos lados por acantilados que se alzaban perpendiculares sobre el agua hasta alturas que variaban entre los ochenta y los ciento cinco pies.

—¡Por fin hemos llegado! —dijo Markham—. Éstos son los astilleros de Utopía, y en un par de horas su yate se encontrará en dique seco. Mientras tanto, si vienen a bordo de la Sirena conmigo, iremos a tierra firme.